



Teoría de Sistemas y Globalización. Moneda, sistema y sentido

María Navarro

Instituto de Filosofía, CSIC

“La naturaleza, -escribe Davanzatti- ha hecho buenas todas las cosas terrenas; la suma de éstas en virtud del acuerdo establecido entre los hombres vale todo el oro que se trabaja; así, pues, todos los hombres desean todo para adquirir todas las cosas... Para verificar todos los días la regla y las proporciones matemáticas que las cosas guardan entre sí y con el oro, se requeriría que, desde lo alto del cielo o de algún observatorio muy elevado, se pudiera contemplar las cosas que existen y que se hacen en la tierra o, más bien, sus imágenes reproducidas y reflejadas en el cielo como en un espejo fiel. Abandonaríamos entonces todos nuestro cálculos y diríamos: hay sobre la tierra tanto oro, tantas cosas, tantos hombres, tantas necesidades; en la medida en que cada cosa satisface necesidades su valor será de tantas cosas o de tanto oro”.

1. Del oro renacentista a la moderna función de cambio

Este es un fragmento que encontramos en el fascinante capítulo sexto de *Las palabras y las cosas*¹ y que describe las características del punto de vista desde el que poder contrastar, según consabidas proporciones, la realidad de un metal precioso y de toda cosa existente que comparársele quisiera antes de efectuar su intercambio. Su intercambio, pero no su compra. En un primer momento podría haber parecido que el texto, a pesar de no haber en él juego metafórico alguno, sino una rigurosa *simulatio* renacentista (“...se requeriría que, desde lo alto del cielo [...], se pudiera contemplar las cosas que existen en la tierra o, más bien, [...] sus imágenes [...] reflejadas en el cielo como en un espejo fiel”), significara un punto de vista privilegiado, global, desde el que contemplar toda cosa. Este es nuestro tema: el de la globalización o el del punto de vista de lo global. Sin embargo, es su condición efectiva de posibilidad —la materialidad de las condiciones de posibilidad de ese punto de vista en cuanto tal— el problema mismo: de ahí que a la labor no le valga cualquier texto renacentista sino, precisamente, éste que extraemos del contexto de una indagación arqueológica y que se centra en la investigación de una práctica: la de la moneda.

En una época en que la moneda es mera pulsación electrónica, si bien es cierto que al aparecer sólo le es dado un botón, si quiera eso, pues al cabo: una pantalla de gel tan sólo, espacio que representa, —el ritmo del progreso tampoco da saltos—, espacio que está *en lugar de* la antigua posición del botón, y aún hoy, y antes de que las ondas acústicas de la voz actúen sobre una nada que, los más, retornando por la línea de antes, habremos de representarnos en forma de escondido botón o superficie oculta; en ésta nuestra época, podríamos llegar a olvidar cómo fueron antes

¹ FOUCAULT, M., *Las palabras y las cosas*. Siglo Veintiuno, Madrid 1997, pp. 164 – 209

los intercambios y sus elementos. Si es este el último estadio de la representación de la función del valor que habría de acampar a sus anchas tras arriesgar, definitivamente, todo soporte físico o si, por el contrario, contiene en algún sentido al espíritu renacentista..., eso es algo a lo que no da respuesta el capítulo *Cambiar* de la mencionada obra foucaultiana, no era éste su fin. Aparentemente, no era éste su fin. Sin embargo, he encontrado en este capítulo claves de comprensión acerca de lo radical de los cambios que también sobre la materialidad de la moneda se están efectuando y que, a mi parecer, pueden servir de introducción al problema de cómo pensar y qué pensar por “globalización”. Y ello en la medida en que ésta, la moneda, constituye una forma de materialidad que encierra, a pesar de la escasa forma de su evidencia: estadios de reflexión, usos, consignaciones y conocimientos que hacen posible la diferenciación entre épocas. Para hacer patente la diferencia a la que nos referimos voy a exponer la caracterización de la moneda en el siglo XVI y en los siglos XVII y XVIII. Esta caracterización servirá, según se acabará comprobando, como marco de sentido e introducción a una posterior reflexión: la anunciada en el título de este artículo.

Antes de hablar de qué lógica de la mecanización externa del impulso, o del control de su forma inmediata de manifestación, pueda ser la que se reproduce en esta pulsación electrónica que pone en movimiento transacciones de un lado a otro de la tierra, y antes de referirnos a esta lógica como aquella que, hoy día, se halla tras el nuevo soporte tecnológico de la construcción moderna de la función de cambio — hasta que la evolución misma del tal soporte transforme, en pureza, a la función, ¿o al revés?—, es interesante hablar de estos dos siglos, y de sus nociones de moneda.

En el texto de Davanzatti encontramos una razón de peso para sospechar que le sea al humano posible establecer la equivalencia total entre todas las cosas o todas las necesidades o todos los trabajos, a saber: que ni éstos ni su equivalente en oro pueden considerarse en su conjunto. Una cosa parece clara: el oro, un metal raro,preciado y oculto bajo la tierra, parece llevar en sí la marca adecuada a la necesidad de intercambiar lo también inabarcablemente diverso, precioso y que alcanza una extensión, una significación equivalente a la del cielo en que se refleja su dimensión, como para darle una idea a nuestro asombro. El poder y la realidad de la moneda radican en la materialidad de la misma: en el oro prodigioso y raro, en el consenso sobre el elevado grado de la fuerza con que se le desea, equivalente, a su vez, al esfuerzo con que se le extrae. Pero la moneda de oro, para decirlo con brevedad, no constituye un instrumento de representación de ninguna función de cambio; prueba de ello es que la moneda, el oro, es un objeto más de intercambio. El oro se desea en sí mismo. Las monedas que más rápidamente circulan son aquellas que menos peso en oro tienen y ello porque su valor intrínseco es un objeto en sí mismo de valor: se guardan, se atesoran con recelo, se las resguarda de los avatares de su circulación o pérdida. No es nuestro objetivo analizar el complejo tema de cómo este modelo de moneda acompaña o respalda a una cierta forma de desarrollo económico tremendamente frágil, expuesto como está a las mismas variaciones en el sistema de cambios que el resto de las mercancías (hasta el punto de que la abundancia de oro que, en su tiempo, las expediciones españolas hacían correr por Europa, como indica Foucault², implicó un aumento inmediato de los precios.) Este era el precio que había

² El autor no refiere estrictamente esta idea sino que menciona el hecho de que al no ir acompañadas dichas expediciones (que hacían aumentar tremendamente el numerario y, por tanto, los precios; a saber porque, según lo limitado de nuestra comprensión de los fenómenos económicos: al ser posible más cantidad de monedas con mayor calidad de oro, los precios suben), al no ir acompañadas de un desarrollo proporcionado en la agricultura, en la industria, etc. dejaban a España más pobre. Si lo entendemos bien, su riqueza sólo revertía, pues, en el alza de precios inmediata con efecto paralizador. Cf., FOUCAULT, M. *op. cit.* p. 187

de pagar la *episteme* renacentista por su noción de moneda en tanto marca y similitud intrínseca de aquello que designa y significa en un mismo nivel. Pero había algo interesante en esta marca, el espíritu de la *episteme* renacentista no pudo concebir que la marca de la riqueza, su resplandor, no hubiera de ser consignado por un elementopreciado como riqueza del mundo. Pero este es también, a su vez, el mundo que no se acierta a abarcar en la cita que sirve de encabezamiento a este texto, es el mundo que, sin embargo, de poder contemplarse desde privilegiada atalaya, habría de garantizar una precisa y previa equivalencia entre todas las cosas, y, sin duda, no quiere ello significar lo mismo que “un precio justo”.

En los siglos XVII y XVIII se reflexiona sobre la propiedad fundamental de la moneda de sustituir a lo que tiene precio (se abandona, sólo en cierta forma, la soberanía del lenguaje consignado en el libro del mundo...); esto es, se reflexiona sobre su propiedad de servir a una característica fija y universalmente legible. La tal propiedad ya no es la que se sitúa del lado de su resplandor, sino la inmutable *función de cambio* en el instrumento de la moneda. La moneda es, pues, un mero instrumento de representación de la riqueza, no hay más riqueza en el mundo que la amonedada. La ventaja del oro o de la plata es que favorece la inmediata representación del valor que toda transacción exige: son materiales que brillan, inalterables, difíciles de seccionar o partir. Estas cualidades no son fundamento de la función de cambio, sólo la favorecen desde un punto de vista que podríamos tildar aquí de *psicológico*; no obstante, sólo tienen valor efectivo cuando conseguimos reemplazarlas por las mercancías. La moneda es, entonces, un signo y representa, en cada caso, a una entidad distinta. No es de extrañar que, siendo como es un signo, pueda retornar a la mano que la dejó salir lo mismo que se puede decir muchas veces la misma palabra. La rapidez con que la moneda sirva a la finalidad de representar la riqueza en su intercambio, la rapidez con que, de hecho, pase de mano en mano: genera riqueza. Este será uno de los grandes temas del mercantilismo de la época. Sin embargo, no queda intuitivamente claro cómo la visión de la moneda-signo ha podido conquistar un *inmutable verdadero* bajo la función de cambio, y ello porque los circuitos de circulación, en los que la moneda toma partido por definición, están regidos, positivamente, por el ritmo de las cosechas (la riqueza amonedable en las sociedades agrarias: ¿no es tan variable, al fin, como la cantidad de oro otrora amonedado.) La ventaja, a efectos económicos, radica en que ya no es necesaria la hipótesis de contemplar la totalidad del mundo o del oro oculto en la mina “para verificar todos los días la regla”³, porque el desarrollo, en última instancia, de la moneda en tanto instrumento de representación de las riquezas en las sociedades liberadas del yugo del campo, es el poder de representación de una especulación.

2. La representación tiene un valor

A pesar de que el valor de las cosas proceda en esta época, al fin, por mediación de la *tan bien repartida* facultad de estimación y que, por tanto, cualquier objeto pueda utilizarse como signo en el ajetreto panorama a que dan lugar las funciones de cambio, en un mundo donde por doquier hay deseo y necesidad, insisto ahora en la profunda contradicción que el tal modelo encierra. En efecto, una profunda contradicción entre la pretendida pureza de la función de valor, como forma de representación propiciada por la moneda en los potencialmente infinitos intercambios, y las formas individualizadas de riqueza que hacen que el signo no tenga valor en sí mismo, — ¡maldito era el oro, pero no menos la moneda!—, sino por la riqueza que es su referente. — ¡Ah, oro de los tiempos modernos pues no se halla depositado en una mina fija en lo profundo de la tierra de la que se hubiera de cavar hasta sacarlo, por

³ DAVANZATTI. *op., cit.* p. 170

fin, todo de una vez, sino en todo lo ancho del mundo, del espacio!—. Del signo al referente y del referente al signo, en un juego infinito de representación e intercambio asumido. Pero aún más: las consecuencias de tal contradicción, el temor de que toda vez que la riqueza ya no es el oro en cuanto oro, sino las formas plurales en que nuestros deseos antojan transformarse y nuestras necesidades vuelcan su petición y que, por tanto, por decirlo así: haya tanto oro en la tierra como seres humanos... Llevan a echar candado sobre ello, aduana, prohibición, toda restricción es poca: porque cada nación tiene “su oro”⁴. Este fue uno de los grandes temas del mercantilismo. Al fin aparece de vueltas la imagen de la totalidad del mundo de que hablaba Davanzatti, pero esta vez tan sólo desde el punto de vista de la cadena de relaciones establecidas por la tiranía de un sistema de cambio. ¿Cómo podría la moneda “escapar al dilema del signo sin valor”?

Hemos visto que en el siglo XVI el aumento de metal implicaba, de inmediato, un aumento en el precio de las mercancías, pues se producía una desvalorización del oro que la moneda sellaba. Pero en el siglo XVII el mecanismo de la desvalorización —que encierra la clave— fue definido por una función, también variable, como decía, pero variable de otra forma: porque el oro de la época moderna ya no hace falta buscarlo debajo de la tierra, está sobre ella y se llama *comercio*. El valor de la moneda está en relación con la totalidad globalizada del comercio. El antiguo modelo renacentista se transforma, en la época moderna —al no poder contemplarse en ésta el conjunto de cosas en la totalidad que nos asegura, sin embargo, el reflejo celeste y el lenguaje de la matemática... ¡a qué recorrer, al fin, de cabo a rabo, el mundo si la proporción está presente por doquier!— en la moderna convicción y en el paulatino descreimiento de una injusticia patente: ¡en la mercancía no hay ninguna marca objetiva que asegure la cantidad de moneda que habría de exigirse! Así pues, como nos lleva a hacer pensar Foucault, el dilema de la modernidad no deja de estar presente en esta práctica, en definitiva: si el valor de algo no reside en sí mismo —y la necesidad del intercambio parece atestiguarlo— lo cierto es que tampoco reside directamente, puro y exacto, en una función de valor, ni en la totalidad del comercio, sino en el *interior* originario de una *representación*. La filosofía, la psicología, la sociología contemporánea han dicho muchísimo sobre los mecanismos, impurezas, paradojas, *deseos*, etc. presentes en el cuerpo mismo de la representación y las prácticas económicas y publicitarias de nuestra época parecen haber aprendido ya bastante sobre ello. Pero sigamos adelante con el *deseo*...

3. Lo que vale es el mismo deseo y todos los mismos deseos

⁴ La evocación del “oro negro” parece aquí inevitable, así como la crisis del capitalismo a mediados de la década de 1970 y el aumento en el precio de este oro maldito —sin que ello le quite lo suyo al agotamiento del modelo económico de la revolución industrial, pensado como separación entre el producto y el proceso del trabajo...— La nueva revolución, tecnológica, consistirá en la integración entre el producto y el proceso productivo. Estos cambios hacen hoy día innecesarios, las más de las veces, los grandiosos conjuntos fabriles... que, una vez segmentados y fragmentados, hacen más flexible la *dinámica de un sistema*... sobre esto intentaré decir algo a continuación. Y ello porque pensamos que la reestructuración del aparato productivo tiene su contrapartida en los cambios en la forma de la estructura social; no es baladí, pues, que tan acertado sea hablar de la existencia de una globalización sociopolítica como económica (que se nos disculpe la simpleza de decir, a estas alturas, que el estructuralismo: existe); aquí intento encauzar alguna forma de reflexión sobre la segunda —la globalización económica—, por lo que comenzaba escribiendo sobre uno de sus soportes elementales: la moneda. Por ello me preguntaba, implícitamente, qué podría implicar que el sector financiero haya transformado la materialidad del dinero — ¡maldito sea el pulso electrónico, aún más: la voz, nueva rapidez del oro— .

En 1983 Theodore Levitt publicaba, en la *Harvard Business Review*, un artículo más tarde reimpresso y traducido por *La globalización de los mercados*⁵ y que tiene dos ideas directrices: la tecnología ejerce una fuerza homogeneizante tras una previa homogeneización de los deseos —que de ella se tienen, se supone⁶—, y la segunda es que esta situación le es imprescindible a una forma de producción basada en lo que se llama: economías de escala. El artículo hace una defensa virulenta y reservada —a pesar de lo contradictorio de esta asociación— de la economía de escala, al servicio de lo que él, pionero, llamara la “empresa globalizada” frente al término, creemos, en boga de aquellos años ochenta: “empresa multinacional”. Una empresa multinacional contempla, de algún modo, las diferencias autóctonas de la zona en que se ubica —ya sea en su forma de organización interna, ya en los productos con que entra en relación específica con su exterior o *entorno*—, pero una empresa globalizada no abandona, en ningún sentido, el objetivo de la estandarización de sus productos, porque el cliente no gobierna sus *deseos* (¡!). Así es. Creo que esta afirmación, mantenida por Levitt y otros muchos, no debe parecer extraña si recordamos que, según indiqué arriba, la función de valor en la época moderna *obliga* a la moneda a una relación de representación abstracta en la que media en tanto patrón... No es de extrañar digo si, como vimos, el objeto por el que se canjea la moneda no se da el valor a sí mismo, sino que lo adquiere, eventualmente, en el conjunto de un sistema de comercio más o menos inestable. Tan inestable como el *deseo* de los productos del tal comercio... Se comprende, entonces, que se quiera manipular en aquello que motiva una compra, esto que se mueve en el *interior* de la representación y aun cuando este interior le fuera del todo conocido a un comprador modélico que cambiara asépticamente lo uno por lo otro, porque: ¿acaso su deseo le pertenece del mismo modo que aquello en que resulta convertido? Entre lo mucho que hay, busca lo similar, lo casi idéntico a su deseo, pero si se le presentan variaciones —muchos productos que responden igualmente al deseo o a la necesidad originaria— puede decirse que, a efectos prácticos, y para decirlo con Levitt: el cliente no conocerá, o mejor dicho: no *efectuará* su deseo. De alguna manera, este *interior* en cada uno, es algo así como un esfuerzo último por no renunciar a la individualidad inmediata, aunque también identidad abstracta del oro renacentista —el cual entra en relación específica con el conjunto del oro que pudiera encontrarse y que, en tanto mercancía, sólo cambiaría su valor si se encontrara otro oro más puro—, ya que nos aligera de la fatigosa representación mental del conjunto de las riquezas en el mundo.

Las economías de escala representan una rabiosa apuesta por el poder del deseo homogeneizado en un mundo del que han sido barridas las antiguas aduanas. La construcción estandarizada del deseo garantiza la eliminación de considerables gastos de producción —producir para un mismo deseo extendido no es tan costoso como producir para miles de deseos diferenciados—. Esta es, precisamente, según lo entendemos, una de las diferencias entre las economías de escala y las economías de enfoque. Las segundas están condenadas a ser barridas por las primeras⁷. Las

⁵ LEVITT, T.: *La globalización de los mercados*. En “Harvard Deusto Business Review” nº 100, Bilbao (2001) pp. 132-146

⁶ De manera que el artículo comienza diciendo: Existe una poderosa fuerza que dirige al mundo hacia una especie de uniformidad convergente, y esa fuerza es la tecnología. Cf., *Op. cit.* p. 132

⁷ El autor proporciona un argumento de peso a este respecto, a saber: que las economías de enfoque atienden a un alto grado de especificidad —se entiende que de la multiplicidad de los deseos— pero ello exige, en el nivel de la producción, una especificidad pareja, esto es: automatización flexible de los procesos de producción sin renunciar por ello a la necesidad de producir suficientes cantidades como para posibilitar un margen de beneficio... La especificidad, añadimos aquí, está sometida al cambio, y exige no solamente elevados costos de producción, de diseño, implantación en el mercado, marketing, etc, sino una constante

economías de enfoque se relacionan con un entorno en exceso complejo, sin embargo, y, por su parte, la forma de relación con el entorno de las economías de escala se mantiene sobre un severo principio de simplificación.

El hecho de que la función de valor hiciera aparecer la imagen del comercio en su totalidad como una de las causas de determinación de los precios y que, por tanto, la moneda pasara a ser de mercancía a instrumento de mediación y arbitraje de la inobjetivable relación de valor, dejaba a la luz algunas contrariedades. Para decirlo con nostalgia renacentista: el valor es una *relación* y no una *marca* escrita amablemente sobre el costado de los signos del mundo. Abarcar el mundo en su conjunto no satisface en la busca del enigma sobre la verdad última de la función de cambio, porque ella —la función— está entretejida de la una y otra vez practicada perentoriedad de los deseos a efectuar frente a lo que, en cada caso, sea la mercancía finita y disponible y no su todo ideal. Tanto la dinámica del deseo no efectuado, como la limitación en la información y en el espacio, esto es, la dinámica propia de la parcial disponibilidad de lo real en uno y para uno —lo disponible de uno en cuanto individuo es también parcial- hace inmediatamente pertinente la consideración de cómo el retraso con que se produce la transmisión de la información actúa sobre las relaciones de intercambio. Ello es también, pues, parte del comercio en su conjunto. Basta el siguiente ejercicio imaginativo para comprobar cuánto se juega una empresa que no juegue, con poder y con determinación, en la lucha global por representar *la* realidad y aparentar informarla después:

“Supóngase que en un instante determinado desciende de una forma significativa el precio de un producto del mercado, las manzanas por ejemplo. El número de manzanas vendidas aumentará, como resultado de esta disminución de precio, pero sin embargo el número de manzanas vendidas no responderá de una manera instantánea a la variación en el precio [...] la percepción por parte de los compradores de la disminución del precio de las manzanas requiere un cierto tiempo, que hace que haya un retraso⁸ entre la disminución del precio de las manzanas y el aumento de las ventas de las mismas⁹”.

Recapitularé. Hemos visto que la transformación del signo de la moneda, en cuanto signo, incorpora una serie de cambios inevitables que la acompañan en tanto es ella, por decirlo deleuzesianamente, la *superficie* de una práctica —...y la piel es el órgano más profundo—. Una de las polémicas que recorre al espíritu del mercantilismo es, precisamente, aquella a que aboca la visión de la función de valor, cuando de lo que se trata es de contestar a la pregunta sobre la generación de las riquezas. Estas polémicas no me interesan aquí; sí, en cambio, el estadio según el cual —y ello, veámos, tiene lugar en la modernidad— se ha de admitir que el *comercio en su conjunto* es, en todo caso, el referente más importante cuando de lo que se trata es de averiguar cuál es el valor mudable y variable de la moneda-signo. Es por este camino que hemos llegado a la cuestión de cómo caracterizar una de las formas más poderosas de producción —la producción a escala—, pues ella marca una ostensible diferencia en las formas posibles de intercambio comercial a niveles no sólo

política de diferenciación del producto en muchos casos fatalmente absorbida por la competencia y, por ello, de difícil rentabilidad para quien la inicia.

⁸ Ponemos en cursiva esta palabra: retraso, porque parece la clave. Podría deducirse de aquí que si la información se proporciona con mayor rapidez el retraso entre la disminución de precio de las manzanas y el aumento de ventas tenderá a cero... Por tanto, podría parecer que se juega algo muy distinto a nuestra libertad de información en esa lucha por la consignación, publicitación y difusión de la realidad.

⁹ ARACIL, J., *Introducción a la dinámica de sistemas*. Alianza, Madrid 1992, pp. 129 y ss.

nacionales, tras el impacto económico en la revolución de los transportes. Theodore Levitt lo decía aún con tono asertórico en su artículo; sin duda, el impresionante derroche en lo que se refiere a la difusión y edición de toda clase de libro sobre el término “globalización” no estaba sino en un periodo de gestación en la época en que él escribía, pero tal vez, por esta misma razón, algunas cosas podían verse con una claridad menos uniformada; una de ellas, decíamos, es la asociación entre: economías de escala y globalización. No todas las formas de producción, ni todos los tipos de intercambio comercial, han tenido efectos equivalentes sobre las formas de organización social. Nos ocupamos ahora de las notas dominantes de la producción a escala, precisamente, debido a este hecho¹⁰.

4. Escalada hacia la indiscriminación

Los economistas refieren por *economías de escala* las múltiples formas posibles —según el producto en cuestión— de reducción (ésta no es plural, pues sólo existe una) de la unidad de coste llevada a cabo a través de la producción, en gran volumen, de un producto. Esto es, y por decirlo con Charles W.-L. Hill: las economías de escala tienen un número de fuentes/recursos, uno de los más importantes parece ser la habilidad para repartir los costes fijos sobre un gran volumen. Los costes fijos son los requeridos para establecer una cierta facilidad de producción, desarrollar un nuevo producto que pueda ser sustancial económicamente, etc¹¹. Es la naturaleza de la práctica la que encierra las singulares notas dominantes de la idea de un mundo globalizado.

“Establecer una nueva línea de producción para manufacturar chips semiconductores cuesta un billón de dólares americanos. [...] Conforme a esta estimación desarrollar un nuevo fármaco cuesta doscientos cincuenta millones y lleva doce años. La única manera de recavar cada coste fijo es vender el producto mundialmente, lo que reduce los costes por unidad mediante la difusión de un gran volumen¹². Cuanto más rápidamente crezca el volumen de venta más rápido se amortizan los costes fijos y más rápidamente baja el coste por unidad¹³ [...]”.

¹⁰ El fenómeno de la globalización —como realidad y como idea— aglutina entorno a sí suficientes notas dominantes y contrapuestas como para que del desarrollo de cada una surja una definición diferente *acerca de* una realidad equívoca por definición y *según qué* definición —como realidad y/o como idea pues—, y ello porque la palabra mienta, nada más y nada menos, que un mundo en transformación. Una de esas notas dominantes es la realidad económica y su enorme poder sobre el conjunto del orden sociopolítico... unas dimensiones —las de su poder— que han ido incrementando y conformándose a la idea en progreso de que el comercio implica formas de expansión y dinámicas de sistemas que se retroalimentan. El mundo estaba, por esta vía, abocado a la globalización.

¹¹ W. - L. HILL, Ch., *Global business today*. Irwin Mc Graw-Hill. New York 2001

¹² Otro ejemplo de necesidad estratégica de globalización para el aseguramiento de la pervivencia en el mercado —aunque no estrictamente por el motivo mencionado de amortizar con grandes volúmenes de producción unos costes fijos, sino debido a una competencia inasumible— es la expansión mundial de *McDonalds* que presentaba en 1995 un mercado nacional en expansión con menos del 5% al año (respecto al volumen total de las tiendas abiertas por la competencia en este mismo sector), se entiende que en EE.UU. Cf., WATERS, Malcolm, “Open spaces: the globalizing economy”. En *“Globalization”* 2nd Edition. Routledge 1995 (Cap. III. pp. 60-93). Esta nota 12 no pertenece al texto que cito arriba, sino que le ha sido añadida.

¹³ W. L. HILL, Ch. *Op. cit.* He ofrecido una traducción del texto original por dar cierta unidad idiomática.

Las consecuencias de una buena amortización dan lugar a la realización — nunca opcional, sino necesaria— de inversiones tecnológicas (absolutamente necesarias) que aseguren la línea de producción a escala (la rapidez del proceso es fundamental), con la consecuencia añadida de dificultar la subsistencia en el sector de otras compañías con formas de producción diferente o, sencillamente, otra —tal es su agresividad—: ya que la producción a escala implica ventajas comparativas en relación con los precios. Naturalmente, esto no es posible sostenerlo —a saber: que la ventaja comparativa derivada de una economía a escala surtirá efecto en el mercado— sin un cierto margen de confianza en el principio básico de racionalidad económica, a saber: que cada agente busca maximizar sus beneficios minimizando sus costes.

Uno de los efectos inmediatos que tuvieron estas economías de escala fue la necesidad de integración y coordinación, tanto en el nivel de la producción como en el de la dirección. Las formas de producción a escala y de *venta indiscriminada* y, por ello: global (el objetivo de la amortización rebasa en sí mismo a la restricción de enriquecimiento únicamente de estados nacionales: ¿acaso este enriquecimiento está asegurado con el modelo de economías domésticas y proteccionistas?) exige nuevas formas de dirección, sobre todo en lo que se refiere a la capacidad para dirigir procesos con una vida que va más allá de las fronteras nacionales —de ahí que las grandes empresas sean las primeras en destinar fondos a investigaciones que, en todos los sentidos, hagan posible las trasferencias de grandes conjuntos de signos, formas de vida, productos, etc., para su implantación en cuanto organizaciones—.

El énfasis en los aspectos relativos a la organización, por encima de los constreñidos por la mera contabilidad, ciega en sí misma, es uno de los factores de cambio en las empresas actuales, y en partes iguales conlleva: tanto adaptación a un mundo globalizado, como aseguramiento y dominio del medio y sobre el medio en que tiene lugar la adaptación al cambio que nos ocupa —y ello porque la ideología implícita en su adaptación o sus efectos dificultan la probabilidad de éxito de las diferencias adaptativas del resto que no podrá competir—. La antigua ideología patrocinadora del corporativismo nacional y del proteccionismo y bienestar social ya no pueden ser rentables en este nuevo panorama¹⁴.

Entre las muchas atribuciones y caracterizaciones que hemos encontrado tras una rápida incursión en textos que reflejan la nueva panorámica empresarial, destacamos aquí algunos de los rasgos que podrían brindar una oportunidad clara de incursión sobre el modo en que la *episteme* de nuestra época hace frente a los problemas de un mundo en cambio —pues dichos rasgos son respuestas a problemas en el entramado y en la percepción de una cierta cultura—. Por lo pronto, las transformaciones en el ámbito de la organización empresarial —de la que aquí no voy a escribir nada, sino únicamente que está forzada a ser eso: organización, si ha de acompañar a formas y aún a ritmos de producción a escala forzosamente global por las causas expuestas— se me aparecen, los tales cambios, *tan claro como la luz del día* como diría Fichte, como una objetivación perfecta de lo que el biólogo alemán

¹⁴ Muchas de las formas de organización empresarial y de las prácticas económicas a las que servían estas ideologías han ido dejando de ser efectivas en el mundo en que vivimos. Así, por ejemplo, y por ofrecer una descripción un tanto impresionista del complicado asunto: las economías de mercado en los años sesenta estaban dominadas por firmas monopolizadas de producción en masa que protegían los mercados nacionales y, al mismo tiempo, operaban frecuentemente como corporaciones transnacionales. Existían también formas de producción con una ideología de fondo más centralizada, esto es, producían para mercados domésticos. Una buena descripción de ello la encontramos en el artículo de Malcolm WATERS, *op. cit.*, pp.: 60-93

Ludwig von Bertalanffy llamara por los años sesenta *teoría general de sistemas*, aunque el biólogo la anunciara ya con cierta consistencia desde los años treinta¹⁵ y entorno a la cual surgieron importantes sociedades de investigación tras la segunda Guerra mundial. Paso a citar, pues, los anunciados rasgos de este nuevo panorama empresarial, curiosamente son —en tanto abstracciones y en cuanto tales conocidas...como diría Hegel— parte del acervo cultural del ciudadano de este siglo.

Muchos autores coinciden en afirmar que este cambio de paradigma, en lo que hace a la organización, representa una transformación que puede denominarse: *toyotismo*, de Toyota —apreciar una banalidad no le hará daño a nadie—; y es que las prácticas japonesas han obligado a muchos sectores a practicar ciertas diferencias, sobre todo las referentes a una flexible acumulación y especialización. A tal efecto, por ejemplo, la práctica de acumulación flexible llamada *just-in-time*, consistente en minimizar el inventario —en su volumen— en cada etapa del proceso de producción, ya que demasiado inventario representa un valor no realizado. Podría parecer una ironía del destino, resultado de una cierta astucia en el devenir y apropiación de la experiencia, el que esta técnica en el proceso de producción, sea la mantenida por la fábrica Ford en Michigan. Allí, evitando todo tipo de innecesaria acumulación o *stock*, los componentes llegan tan sólo una hora antes de ser necesitados y muy pocas veces están en el lugar más de una semana, ahora bien, los componentes están forzosamente almacenados en algún lugar —por si el viejo Henry Ford levantara la cabeza inquiriendo por lo inevitable— pero no allí, en el lugar del interés por la producción, que ya es un elevado riesgo en sí mismo, sino en más de seiscientas empresas o *subsistemas* subcontratados, a lo que parece en más de treinta países, para suministrar sus propios componentes¹⁶.

Esta acumulación flexible puede conllevar una flexible especialización, ya que: a cada división en etapas le pertenece, por necesidad, un equipo de trabajadores. Esta práctica, me parece que es interesante recalcarlo aquí, no tiene como interés suyo, estrictamente, aligerar las superficies fabriles, sino, antes bien: producir sobre la base segura de la demanda existente. Primero vender y luego producir, éste es el secreto de la técnica que los economistas denominan, por ello, *just-in-time*. ¡Diablos!, por eso sí que Ford, astuto como el viejo zorro que era, habría levantado la cabeza. La reducción de los máximos elementos de riesgo —siempre innecesarios en este sector— tiene como contrapartida la innecesaria acumulación de enseres, y en cuanto al riesgo de la producción de componentes —derivada del riesgo primordial sobre el éxito alcanzado en la persuasión sobre la opción de compra de los agentes económicos— se asume parcialmente, junto a los subsistemas subcontratados.

¹⁵ En este año publica el artículo “Consideración matemática elemental de algunos conceptos de sistema”. Información que detalla en el prefacio escrito en 1968 al libro que por entonces apareciera y que ha sido traducido por *Teoría general de los sistemas*. FCE, México 1980

¹⁶ Los datos sobre la fábrica Ford en EE.UU se encuentran en BARNET, J. Richard, *Global dreams. Imperial corporations and the new world order*. Touchstone, New York 1994. Se preguntan ustedes, acaso, qué países son estos: ¡una treintena de países están produciendo componentes para una fábrica en Michigan! He querido elegir para el texto central un ejemplo grato, pero fruto también de mis pesquisas, e igualmente parte del acervo popular, son estos otros que dejamos para los márgenes... La compañía *Levi-Strauss* que en 1991 subcontrató empleados de cárceles chinas para su producción. O que en Guatemala, concretamente, existen 250 empresas que proveen a empresas como *Sears*, *Gap* o *Kmart* —de lo que, por fortuna para nosotros, desconocemos vivencialmente todo, pues sobre una de ellas leemos: “[...] in order to go to the bathroom, a woman needs a pass from her supervisor, which may involve sexual favors. Many women have been beaten and sexually abused. One factory [foreman] regularly beats women on the stomach every 15 days to weed out those who may pregnant...” Cf. BARNET, J. R. *op. cit.*

5. Acción y pragmática de la lengua: la reducción de lo diverso en el sistema económico. Ejemplos

El sistema japonés de control de calidad depende de todos los trabajadores implicados en la producción, este es el hecho al que se apuntaba arriba con la expresión: flexibilidad en la especialización y se ha denominado comúnmente: *total quality management*. Hacia una misma realidad apuntan conceptos como el de *teamwork*, el tercero de nuestros rasgos diferenciales. Ello significa colectivizar y compartir, por un reducido número de trabajadores, una etapa específica en el proceso de producción del que otros se harán cargo con la misma eventualidad, de manera que, muy previsiblemente, el conocimiento sobre las técnicas, estrategias, etc., empleadas será transmitido de unos a otros bajo las exigencias de la máxima competencia en múltiples tareas como principio de organización. Vemos aquí cómo el rasgo dominante, por tanto, es el de la dirección descentralizada: dejar que la rígida realidad de una centralización del control deje paso a la imagen —y una imagen siempre permite una diferencia de grado más, porque está asentada sobre una realidad intensiva de suyo— de múltiples estratos de jerarquía, en medio de una flotante matriz de cambios flexibles y prácticas sobrevenidas en función de las variaciones de una demanda de consumidores presa de la determinación infinita y cíclica.

Sería extraordinariamente complejo, y en realidad de una dudosa utilidad, historiar el origen de la implantación de cada una de estas prácticas en el entramado de la organización empresarial de la producción. Sin embargo mostrar la vinculación y asimilación entre, por una parte, el despliegue de lo que Levitt llamó “la empresa globalizada” —en la que se acepta existe cada uno de los rasgos arriba indicados: *just-in-time*, etc.— y, por otra, el desarrollo tanto de la teoría general de sistemas como de la dinámica de sistemas, exigiría indicar el isomorfismo conceptual existente entre los más importantes conceptos de la teoría general de sistemas y aquellos otros que atraviesan subrepticamente a las prácticas aludidas¹⁷. Lo indicaré aquí brevemente.

Sobre el hecho mencionado de que implantar y dirigir procesos económicos, organizadamente, que van más allá de las fronteras nacionales, convierte en necesario invertir y apostar por investigaciones y tecnologías para la transferencia de grandes conjuntos de signos, formas de vida, productos, etc. puede observarse aquí cómo cuando un sistema es abierto —esto es, cuando en un sistema existe un intercambio de información con un entorno y éste es tal que con él se consigue mantener alguna forma de equilibrio en el tiempo— la única manera de romper con la acción inexorable de la entropía es aumentando la entropía negativa con un proceso

¹⁷ No obstante, citaremos antes un ejemplo gráfico, de naturaleza histórica, contra la incredulidad y resistencia que hubiera de despertar una composición como ésta, desprovista como está de datos concretos sobre la efectiva asunción del punto de vista sistémico en el interior de la organización empresarial —...el impacto efectivo de la teoría, su intensidad y su modo, este es el dogmatismo a la base—. A mediados de los años 50 una compañía llamada *Sprage Electric* que fabricaba componentes electrónicos y que tenía por clientes, a su vez, a empresas de material electrónico se dio cuenta de que existían oscilaciones considerables en su cantidad de pedidos. Era algo extraño si consideramos que al ser un mercado altamente especializado y tener clientes muy fuertes iba a estar asegurado un cierto flujo de pedidos. No sucedió así sin embargo. Fue entonces cuando se le encargó a J. W. Forrester un estudio del problema. Las conclusiones de Forrester dieron lugar, en el contexto del problema empresarial, al primer trabajo de dinámica de sistemas. Su conclusión era lo más importante: al parecer, la combinación de una suma de retrasos en la transmisión de la información generaba las oscilaciones señaladas. (Puede observarse aquí, a nuestro parecer, cómo una transmisión de información no eficaz genera fenómenos de entropía). Lo encontramos explicado con todo detalle en Javier ARACIL, *op. cit.* p. 32 y ss.

de transmisión de la información. Esto es algo que está presente en la, por descontado, nada ingenua disposición de los trabajadores en lo que se llamó *total quality management*. Los trabajadores deben explicarse entre sí los conocimientos adquiridos durante sus respectivas asignaciones en los puestos asignados, ya que éstos —los puestos— son compartidos por todos. Pero también aquí podemos observar la presencia de lo que R. Ashby llamara *principio de variedad recibida*¹⁸ —o *requerida* en otros lugares—. El tal principio describe que la variedad generada en el medio —aquí, *medio* no sería aquello con lo que se relacionan las *salidas* del sistema en cuestión, sino el medio de trabajo en sí mismo— debe ser igual a la capacidad del sistema para absorber esa variedad. La tal absorción se realiza mediante la *reducción* de la variedad que implica, en principio, la comunicación entre los trabajadores con puestos intercambiables. En efecto, si no existiera esa reducción de la variedad de las opiniones porque cada individuo en su puesto fijo e intransferible diera lugar a una opinión *diversa*, la tal reducción no se operaría porque no tendría lugar el impulso pragmático del grupo por operar una y/o según una transmisión común. La información acumulada evita la entropía de manera, sin embargo, previsiblemente creativa (la transmisión de esa información implica diferencias consustanciales a la realidad del uso de la lengua); ello revierte en beneficio del sistema en su conjunto, puesto que, paradójicamente, también es verdad que un exceso en la eficacia o automatización de la transmisión disminuye la efectividad de la organización.

Ahora bien, respecto a la descripción del principio cuando *medio* es, efectivamente, el entorno que recibe las salidas del sistema —este mundo que somos, el medio en que consistimos como consumidores— lo cierto es que si no existe una articulación adecuada de los mecanismos de la representación política y debido a las dificultades de intercambio, a tal efecto útil, de información entre la totalidad de seres que compone el tal medio, la *reducción* de las variedades recibidas se convierte, de hecho, en un simple mecanismo de homogeneización del deseo en que consistimos.

La importancia de líneas de intervención como esta —y esta no lo es sino en el esfuerzo por mantener un punto de vista, pues su consecución es realmente compleja, prodigiosa—radica únicamente en su intento por comprender la naturaleza de los mecanismos, o mejor: sistemas, que dominan el mundo. Pero no hay que olvidar que a las relaciones de producción no les es inmanente racionalidad alguna. Por eso, las preguntas más importantes que la globalización económica demanda pensar son las relativas a su racionalidad y a su justicia¹⁹.

¹⁸ ASHBY, R., *Proyecto para un Cerebro*. Tecnos, Madrid 1965. Lo hemos encontrado citado en Oscar Johansen BERTOGLIO, *Introducción a la teoría de sistemas*. Editorial Limusa, México 1982

¹⁹ Un ejemplo magnífico de ello es el trabajo y la investigación “Sobre la democracia en el ámbito internacional” de Elena García Guitián y, por supuesto, el trabajo de los filósofos con los que dialoga, en: *Isegoría. Revista de filosofía moral y política*, nº 24, Madrid (2001), pp. 77-95